

## RECENSIONES

O. FATIO; H. MOTTU; R. J. CAMPICHE; J. C. BASSET; E. FUCHS, *Pour sortir l'œcuménisme du purgatoire* (Ginebra: Labor et fides 1993) 94 pp.

El libro es consecuencia de la reacción de algunos profesores de la Facultad de Teología protestante de Ginebra ante una serie televisiva emitida en Suiza en 1992, en la cual los participantes de un diálogo sobre temas ecuménicos manifestaban resignación ante un enfriamiento y un proceso de marcha atrás. La reacción de estos profesores fue preparar un ciclo de conferencias que tuvieron lugar en los meses de noviembre y diciembre de 1992 bajo los auspicios de la citada Facultad de la Universidad de Ginebra y el Centro de estudios de la Iglesia nacional protestante de Ginebra.

Tanto en las charlas como en el libro todos los ponentes están movidos por una convicción: el ecumenismo no es una «materia opcional». Es, en palabras de O. Fatio, «una búsqueda de auténtica comunión —especialmente sacramental— en el respeto de las diferencias de cada confesión». Esto entraña para Fatio rehusar la idea de un «ecumenismo autoritario», por el cual una de las confesiones pretende reunir a las otras bajo la verdad que ella detenta. El ecumenismo es un movimiento irreversible del Espíritu, porque es conforme a la voluntad de Cristo. Bajo esta convicción fueron desarrolladas las ponencias.

La primera de ellas fue pronunciada por el introductor del libro, Olivier Fatio, y constituye el primer capítulo del libro. En él hace un balance del papel del Consejo Ecu­mé­ni­co de las Iglesias. El título es toda una declaración de intenciones: «¿El Consejo Ecu­mé­ni­co de las Iglesias debe sobrevivir?». Ciertamente, según sus severos juicios es difícil ver un futuro para esta institución.

Las afirmaciones que nos encontramos en este capítulo son tajantes: «el ecumenismo está averiado, no a causa de Dios, sino a

causa de las Iglesias, que no quieren la unidad. Cada una de ellas piensa que sabe mejor que Dios cual es la unidad que Dios quiere. Cada confesión se ha constituido en un sistema más o menos cerrado que le permite resistir a la voluntad de unidad de Dios. Hay en cada una de ellas una idolatría de sí misma que la blinda contra los impulsos del Espíritu» (p. 7). El autor se muestra muy escéptico respecto a las conferencias y encuentros. No sirven de nada, porque, según su modo de ver la situación actual, católicos y ortodoxos se refugian en su verdad que está probada por la continuidad en la historia. Los protestantes creen tener mejores medios para interpretar la verdad que los anteriores. El resultado es que el clima ecuménico está congelado.

Es verdad que el Consejo Ecuménico de las Iglesias (COE) ha cosechado buenos frutos a lo largo de sus 50 años de existencia. Todo parecía fácil cuando en 1961 llegaron los ortodoxos al Consejo y después se convocó el Concilio Vaticano II. Pero, según él, apenas se ha avanzado desde entonces. Basta ver el destino que están sufriendo las dos organizaciones que surgieron del nuevo Consejo: «Fe y Constitución» (*Faith and Order*) y «Vida y Acción» (*Life and Work*). En cuanto a la primera, creada en Lausane en 1927, se ha encontrado cada vez más con dificultades mayores de las previstas. Es verdad que ha emprendido obras grandiosas como la consideración de la Tradición o el documento BEM. ¿Resultados? Cada uno sigue mirando lo suyo como lo correcto y, por ejemplo, no reconoce los ministerios del otro. Este autor llega a preguntarse: ¿y si el trabajo de «Fe y Constitución» fuese imposible? ¿sirven para algo la diplomacia y las conferencias? Un ejemplo de que no sirven es el Documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe «Communionis notio» (1992). Según él, allí la Iglesia de Roma continúa no considerando a las demás comunidades cristianas como Iglesias. Estamos ahora igual que en tiempos del Concilio de Trento.

Respecto a «Vida y Acción», nacida en Estocolmo en 1925, lo que más se ha criticado es ocuparse de temas que no se ajustan al campo ecuménico: *apartheid*, tercer mundo, feminismo, ecología. Preocupaciones que parecen demasiado protestantes y disuelven lo que es la Iglesia, son las acusaciones. Después de 65 años el problema continúa y la pregunta sigue en pie: ¿tiene que ocuparse el COE de estos problemas? ¿No está más bien descuidando su objetivo propio, que es la unidad de los cristianos? Según Fatio esta orientación es correcta, pues sigue siendo muy importante que el COE se haga eco de todos los problemas de la sociedad, y sea como «un vasto laboratorio ético de la cristiandad» así como «ambulancia de todas las opresiones reales o supuestas del planeta» (p. 13). Pero entonces el COE debería cambiar de nombre y llamarse, por ejemplo, «Consejo de las Iglesias y Sociedades».

A la vista de todo esto, ¿qué alternativa queda para que los cristianos vivan unidos, cosa que no permiten ni sus Iglesias ni el COE? Para dar una respuesta, este autor hace dos rodeos: el primero hacia el Siglo de las Luces. La filosofía de la razón dejó sin argumentos racionales muchos de los asuntos que dividían a las Iglesias. Hoy habría que probar que muchas de las premisas que ligan cada una de las Iglesias a sus convicciones no resisten un examen racional. El segundo rodeo es hacia el siglo XIX. Allí encontramos que los pensadores orientaban el ecumenismo en sentido espiritual. ¿Es que eran ingenuos? No, más bien eran perfectamente conscientes de que las Iglesias no iban a ceder y se orientaron hacia la unidad real que hay de cada cristiano con Cristo. Los creyentes en Cristo pueden dar testimonio juntos y las Instituciones eclesiásticas pasan a segundo plano. Cuando se ha comenzado por éstas, en nuestro siglo, ya se ha visto que es inútil. Por lo cual, la única solución posible es retomar la dirección del ecumenismo espiritual del siglo pasado y retomar «su programa de comunión trasconfesional en torno a Cristo», lo cual servirá «de palanca respecto a las instituciones eclesiásticas» (p. 15). Ello supone animar a todos los cristianos a la acción común, a la piedad y adoración comunes y a algo más: «la desobediencia institucional, análoga a la desobediencia civil, cada vez que las tomas de posición y declaraciones de las Iglesias obstaculicen el acercamiento entre los cristianos» (pp. 15-16). Puesto que hay ya laicos adultos y formados, esta desobediencia hará reflexionar a los que confunden herencia confesional con revelación de Dios.

¿Qué hacer entonces con el COE? Puesto que su estructura no permite ser promotor de la desobediencia institucional lo mejor es que se le conceda un jubileo de otros 50 años. Si luego se le quiere hacer resurgir que sea después de haber reconocido los pecados de cada Iglesia obstinándose contra la voluntad de sus fieles y contra la voluntad de Dios. Lo importante no es el COE sino la concentración de fuerzas y oraciones en torno a Cristo mediante la desobediencia institucional.

El segundo capítulo es la ponencia de Henry Mottu titulada: «La unidad de las Iglesias por la diversidad. ¿Oscar Cullmann ha predicado en el desierto?». Se trata de poner sobre la mesa las ideas principales de Cullmann por parte de un admirador y antiguo alumno del profesor de Basilea. Las ideas que se exponen a debate son el fruto de las dos últimas publicaciones ecuménicas de Cullmann: *L'unité par la diversité. Son fondement et le problème de sa réalisation* (1986) y *Les voies de l'unité chrétienne* (1992) donde él responde a las ideas discutidas por otros del libro anterior. Mottu se propone, con mucha cordialidad con Cullmann, exponer la esencia de la propuesta de este autor, ver cuales son los puntos fuertes en los que se apoya y también los límites. Respecto a la esencia de la propuesta ésta es clara. Cullmann considera errados los dos modelos clásicos

que aún se mantienen: el modelo de la simple coexistencia en la separación y el modelo de fusión completa. Ambos son inviables y muy problemáticos. La solución es una unidad que se lleva a cabo mediante la diversidad misma, considerada como un don. De hecho los puntos fuertes de esta propuesta son tres: 1) La diversidad es fruto de la acción diversificadora y a la vez unificadora del Espíritu a través de sus diversos carismas; 2) la confesionalidad de las Iglesias en la historia debe ser valorada de modo positivo; 3) la idea de una comunidad de Iglesias perfectamente autónomas pero unidas. Este proyecto tiene sus límites: el primero es que, puesto que renuncia a la «federación» de Iglesias, parece no haber avanzado nada desde la Conferencia de Estocolmo de 1925. Por otra parte, Cullmann no tiene suficientemente en cuenta la distinción entre problemas teológicos y lo que constituye una simbólica religiosa y social que configura tanto o más el alma colectiva y universal de cada Iglesia. No tener en cuenta estos dos planos lleva a mucha confusión. En tercer lugar está lo que Cullmann llama «las deformaciones confesionales». Pero, ¿quién será el juez neutro que diga cuales son y como corregirlas? Un «credo fundamental» y una «jerarquía de verdades» podrían ayudar.

¿Predicó Cullmann en el desierto? Según Mottu, sí y no. Sí, en cuanto sus ideas destruyen los sueños de unidad completa de muchas Iglesias y la prisa que ponen en ellos. No, en el sentido de que el desierto no es algo sólo negativo, sino el lugar de maduración y sobre todo de oración. No por casualidad la última obra de Cullmann se dedicó a la oración. El ecumenismo atraviesa un tiempo de desierto, pero desierto fecundo y habitado. Es muy interesante ver cómo Cullmann sugiere actividades concretas que acercan a las Iglesias. Pero Mottu propone al final que no estaría de más cuidar el diálogo de unidad interna dentro del protestantismo, cosa muy difícil y a la vez muy necesaria.

El tercer capítulo tiene como autor a Roland J. Campiche, cuya aportación titula: «Católicos y protestantes: dos identidades minadas». Se trata de un análisis a base de encuestas y gráficos tomados de la población suiza, a través de los cuales se investiga el fenómeno religioso dentro de la sociedad suiza y sobre todo la recomposición de la identidad religiosa y confesional de sus ciudadanos. Dado el país estudiado hay que decir que sus conclusiones son muy válidas para Europa occidental, en general. Las constataciones llevan a concluir que por una parte se están borrando las huellas de identidad confesional, mientras que por otra se están recomponiendo. El origen normalmente homogéneo de la identidad confesional impregna la cultura de las personas, pero esta cultura no influye en el movimiento de indiferenciación confesional que está también muy presente entre los que se declaran creyentes en el seno de una Iglesia.

Dos tercios de los encuestados tienen padres practicantes. Están bautizados y confirmados, han asistido al culto en su infancia,

y han estado en algún movimiento de juventud en su Iglesia. Luego la mayoría ha recibido un bagaje cristiano, que, no obstante, ahora está en proceso de transformación. La diversa confesión aparece como un elemento de la vida cotidiana, pero un elemento secundario, puesto que lo religioso influye en lo cotidiano mientras que no lo confesional. Luego cada vez más se borran las divergencias confesionales entre la población creyente (2/3), mientras que sólo un grupo de menos de un tercio da importancia a lo confesional. Por otra parte, la individualización de la religión provoca una nueva redistribución de lo religioso. Es de este tema del que se ocupa el mismo autor en el siguiente capítulo: «La religión, ¿un asunto privado?». En él concluye que a la vista de la relación (e influencia) tan estrecha entre religión y sociedad cabe preguntarse si el ecumenismo es el primer problema de las Iglesias, para responder que, en su opinión, el reto capital ante el que están confrontadas es su actitud con respecto a la modernidad. Porque parece que «ante la modernidad el cristianismo parece haber perdido su capacidad crítica, la fuerza de poner en relación los valores que aseguran la supervivencia de la humanidad y una repartición equitativa de los bienes» (p.66).

El quinto capítulo se debe a Jean-Claude Basset, y trata de «El ecumenismo en relación con la historia de las religiones». Capítulo denso y muy rico en ideas que manan a partir de la tesis central: para sacar al ecumenismo del purgatorio hay que ensanchar el campo de investigación hasta salir del cuadro estricto del cristianismo. Una de las razones de la ralentización del diálogo ecuménico (no la única, pero sí importante), se debe a la miopía de las Iglesias que creen que el ecumenismo es un asunto interno del cristianismo, incluso dentro del contexto occidental, cosa entre católicos y protestantes. Pero la cuestión es que «existe un vínculo fundamental y estrecho entre el dinamismo ecuménico y el encuentro con las otras familias religiosas» (p. 68). El encuentro con las religiones, más que un peligro es una nueva oportunidad para el ecumenismo cristiano. En tres puntos concretos el ecumenismo cristiano saldrá favorecido de este diálogo: 1) A través de la dinámica de encuentro con las religiones las diferencias entre cristianos serán resituadas y relativizadas, el estar «frente a» se convertirá para las Iglesias en estar «al lado de». Se podrá dar la unidad en la diversidad; 2) la unidad llegará, más que por el acuerdo en la dogmática o lo institucional, cosa que parece imposible, «por una responsabilidad ética a escala planetaria» (p. 79); y 3) las otras religiones harán su aportación específica a nuestra propia comprensión de la existencia cristiana, por lo cual no vale encerrarse en nuestras dogmáticas y eclesiologías.

El último capítulo es de Eric Fuchs y lleva por título: «La relación con la modernidad: una causa de tensión ecuménica». En él sostiene que entre protestantes y católicos se da una gran diferencia en cuanto a la valoración de la modernidad, siendo los primeros menos

críticos y los segundos, aún hoy, bastante reaccionarios a la misma. Ello crea una tensión confesional que se manifiesta en muchas formas de enfocar los temas teológicos: la mujer en la Iglesia, la libertad de conciencia, la moral sexual, etc. Pero mirando más al fondo hay que decir que los extremos en la valoración de la modernidad se dan en ambas confesiones. ¿Qué hacer con la modernidad? El autor comienza por dar una definición de ella, para hacer después una crítica de lo positivo y lo negativo que hay en ella. Es esto lo que, según las encuestas en Suiza, desean los creyentes: que las Iglesias acompañen y corrijan los errores de la modernidad, pero conservando los valores fundamentales de ella. Esta crítica debe inspirarse en el Evangelio, para que no se convierta en escudo de una táctica partidista. Para sacar al ecumenismo del purgatorio, no sólo es necesario que las Iglesias se conviertan al Señor sino que se vuelvan con simpatía hacia la sociedad moderna en la cual el Señor les llama a ser testigos del Reino.

Un libro crítico y rico en ideas. Algunas muy discutibles, otras no precisadas, otras un poco deformadas en cuanto a la visión del catolicismo, por ejemplo. Libro que abre y continúa un debate con planteamientos muy actuales en el diálogo ecuménico. No es el lugar de entrar en todos ellos ahora. Puede ser de nuevo sugerente terminar con algunas de las «Reglas de higiene mental ecuménica» que propone O. Fatio, (pp. 16-17):

1. Sed impacientes. Nunca será buen momento para la unidad.
2. Haced funcionar vuestro espíritu crítico: análisis racional.
3. No toleréis que algunos digan que la división les hace sufrir. Suelen ser los responsables de ella y no son los que sufren las consecuencias verdaderas.
4. Pedid un lenguaje claro. No se puede avanzar con un lenguaje vaporoso y confuso.
5. No sostengáis los movimientos que crean un cuerpo organizado en las Iglesias.
6. No dejéis que vuestro sueño sea alterado por las malas noticias ecuménicas. Al contrario, estad en forma para obrar y orar con los otros como signo de unidad.

FERNANDO RODRÍGUEZ GARRAPUCHO

GIOVANNI CERETI, *Per un'ecclesiologia ecumenica* (Bologna: EDB 1997) 313 pp.

El libro es uno de los frutos más logrados del ecumenista genovés G. Cereti, teólogo reconocido en Italia. El autor, doctorado en derecho y en teología dogmática, ha impartido cursos de teología

ecuménica en diversas Facultades e Institutos de Ciencias Religiosas de su país, es animador de varios grupos y miembro de la comisión de la Santa Sede para el diálogo interreligioso con motivo del gran Jubileo del año 2000. No en vano es uno de los teólogos que más ha trabajado en la edición del *Enchiridion Oecumenicum* de la EDB, que alcanza ya cuatro volúmenes. Ha colaborado también en el *Diccionario del movimiento ecuménico* (EDB 1994) y tiene varias obras escritas que abordan el tema de la unidad de los cristianos bajo el punto de vista eclesiológico: *Commento al Decreto sull'ecumenismo* (Roma: Borla 1966), *Riforma della Chiesa e unità dei cristiani nell'insegnamento del Concilio Vaticano II*, (Verona 1985), *Molte chiese cristiane, un'unica Chiesa di Cristo*, (Brescia: Queriniana 1992).

En el presente volumen Cereti quiere presentar un manual de eclesiología. De hecho la obra forma parte de la colección «Curso de teología sistemática» que desde hace años dirige Carlo Rocchetta, y que tiene ya en su haber 15 volúmenes publicados. Esta obra se presenta en la sección de «complementos» y pretende completar el volumen de eclesiología de J. B. Mondin: *La Chiesa, primizia del Regno. Trattato di ecclesiologia*. El complemento va naturalmente en la dirección de abrir la eclesiología católica a los anchos horizontes que el diálogo ecuménico está permitiendo. Después de treinta años de diálogos bilaterales y multilaterales las Iglesias están poniendo las bases sólidas para lo que podríamos llamar «una teología reconciliada». ¿En qué sentido reconciliada? En muchos: en la reconstrucción histórica del pasado, en un método que pone como centro la Palabra de Dios, en las conclusiones sobre temas que comienzan a converger después de siglos de divergencias, etc.

Este manual pretende construir los diversos tratados de la eclesiología a base de prestar voz a los diálogos y documentos de consenso teológico que han concluido entre las Iglesias. Así planteado, además de un manual de eclesiología, el libro puede considerarse un recorrido por los puntos firmes de una teología ecuménica. Al poner tantos documentos de consenso unos junto a otros se dibuja un mapa de convergencia doctrinal que impresiona, al comprobar que nos une mucho más de lo que pensamos y esto hace que pueda decirse que las Iglesias cristianas están llegando a lo que podríamos llamar «una verdad compartida».

La obra se divide en cuatro partes y doce capítulos. Después de la introducción, el capítulo primero presenta una brevísima historia de la eclesiología, pues la Iglesia se convierte pronto de ser experiencia a ser objeto de reflexión sobre esa experiencia. La parte primera abarca los capítulos segundo y tercero, dedicados a la Iglesia como misterio. En primer lugar, misterio que brota de la condición trinitaria de Dios y, en segundo lugar, misterio que convierte a la Iglesia en una comunión, cuya forma de existencia debe manifestar-

se en la nota de unidad. La segunda parte, trata de la Iglesia como Pueblo de Dios. Se sigue, pues el orden de doctrina eclesiológica de la *Lumen Gentium*. El capítulo cuarto presenta la doctrina del Pueblo de Dios y a partir de aquí une los contenidos doctrinales de la LG con las notas de la Iglesia y las dimensiones principales de todo el Pueblo de Dios: pueblo profético, sacerdotal y real. Por eso el capítulo quinto habla de la santidad de la Iglesia y el Pueblo de Dios como pueblo sacerdotal, el sexto de la catolicidad de la Iglesia y la realeza del Pueblo de Dios, y el capítulo séptimo de la apostolicidad de la Iglesia y la condición profética del Pueblo de Dios.

La tercera parte aborda la estructuración de la Iglesia-comunión. Por ello trata en el capítulo octavo la cuestión de la Iglesia local y los ministerios ordenados, en el noveno la cuestión de la comunión entre las Iglesias y en el décimo el tema del Obispo de Roma, el primado y la colegialidad de los obispos. Es sobre todo en este último capítulo donde más sorprenden las convergencias teológicas de la Iglesias en torno a la función primacial del Obispo de Roma. La parte cuarta se ocupa de la dimensión escatológica de la Iglesia: «La Iglesias pueblo de Dios en camino hacia el Reino». Se abordan en el capítulo once los temas de la relación entre Iglesia y salvación y la relación entre Iglesia y misión, parte ésta constitutiva de la Iglesia. El capítulo doce se enuncia tal como aparece en la LG: «índole escatológica de la Iglesia peregrina y su unión con la Iglesia celeste».

La obra está toda ella penetrada de convicciones muy acertadas respecto a la eclesiología como tema del diálogo ecuménico. No existe ningún sector de la vida cristiana, de la liturgia, de la pastoral, de la misión, etc., que no tenga que ver con la eclesiología y con las indicaciones que vienen de ella. Tener una obra a disposición donde se muestren las convergencias de los diálogos ecuménicos en torno a la doctrina sobre la Iglesia es un instrumento de gran ayuda para ver cuales son los pasos que las Iglesias están dando hacia la unidad. Cereti está plenamente convencido de que los problemas existentes en las relaciones entre las Iglesias cristianas se reducen, en última instancia, a problemas de eclesiología. Con su obra, él quiere mostrar los grandes pasos ya caminados y quiere animar y alentar a seguir en esta línea de convergencia eclesiológica. Para lo cual él presenta una eclesiología de vastos horizontes, a la vez tradicional y a la vez siempre en proceso de renovación, a la luz de los que las diversas Iglesias viven y piensan sobre la Iglesia, y sin olvidar el peso de la Tradición.

Concluimos diciendo que Cereti ha conseguido una gran obra ecuménica. No tanto por su carácter exhaustivo, hay temas que deberían ser elaborados de forma más completa y matizada, sino en cuanto indica las pistas de convergencia y trabajo futuro a la luz de la ya alcanzado, que no es en nada desdeñable. Un libro que invita a



la acción de gracias a Dios por lo que el diálogo ecuménico está consiguiendo como patrimonio común de las Iglesias y a la osadía de seguir soñando en una Iglesia en unidad y comunión perfectas, a pesar de los pecados de cada una de nuestras propias confesiones y los pesimismo de quien no se atreven a soñar esta meta, por considerarla una quimera inalcanzable.

FERNANDO RODRÍGUEZ GARRAPUCHO

JEAN-PIERRE VALOGNES, *Vie et mort des chrétiens d'Orient. Des origines à nos jours* (Paris: Fayard 1994) 973 pp.

En esta voluminosa obra del diplomático e historiador Jean-Pierre Valognes, se nos ofrece una detallada descripción de la situación religiosa en la que se encuentra el Oriente Medio. En el libro, historia, política y religión se entrecruzan como hilos de una misma madeja mostrando la interrelación existente entre esas tres dimensiones.

La tesis de fondo desarrollada por el autor a lo largo de casi mil páginas, es demostrar, desde los datos históricos y desde la actualidad sociopolítica y religiosa, cómo el cristianismo dominante en Oriente Medio hasta el siglo VII ha sido progresivamente asfixiado y anulado por el Islam a lo largo de los siglos posteriores.

El libro consta de una introducción, que nos pone en situación, y tres partes. La PRIMERA PARTE, subdividida en cinco capítulos, es una introducción general al cristianismo oriental. Concretamente, el capítulo I, aborda el origen del cristianismo. A partir de una misma experiencia originaria, por influjo cultural y político se han desarrollado: en primer lugar, diversidad de ritos litúrgicos; posteriormente diferenciaciones doctrinales, que dieron lugar a las primeras rupturas en el seno del cristianismo y, por último, las divergencias de orden disciplinar que originaron la separación (aunque no sólo) entre Oriente y Occidente. El capítulo II, de carácter histórico, describe las dificultades con las que se ha encontrado el cristianismo oriental desde el instante en que surge el Islam y se impone como cultura y religión dominante y unificadora. El autor pone de relieve, en el capítulo III, los elementos esenciales del cristianismo en su dimensión comunitaria (fundamentos éticos, situación jurídica, social y política) y religiosa (estructuras, derecho, liturgia y fe); pero no olvida señalar a grandes rasgos las particularidades religiosas y comunitarias no de cada denominación cristiana oriental, que lo hará en la segunda parte, sino de aquellas dos que se asemejan en importancia, ortodoxos y católicos. En el capítulo IV se abordan los

desafíos o retos que tiene por delante el cristianismo en Oriente Medio (debilidad intrínseca, relaciones con el Islam, políticas estatales, influencias exteriores, etc.). Finalmente, el *capítulo V*, ofrece un conjunto de intuiciones encaminadas a facilitar o posibilitar la permanencia (supervivencia, dice el autor) de las minorías cristianas en medio del ambiente hostil que ofrecen los estados y comunidades musulmanas. Entre esas medidas sobresalen, la inserción en el entorno social, la apelación al derecho internacional y la potenciación del diálogo entre musulmanes y cristianos.

La SEGUNDA PARTE, más concreta en su contenido, se dedica en su totalidad a describir las diferentes Iglesias cristianas existentes en el Oriente Medio, tanto ortodoxas como católicas. El autor sigue el mismo esquema a la hora de concretar el análisis. Primero hace un breve recorrido por su historia, después ofrece las características religiosas peculiares de cada una de las Iglesias, y finaliza, analizando algunos problemas específicos que les afectan (entre los que siempre se encuentra la relación con el Islam). El *capítulo I* se dedica a los coptos y etiopes; el *capítulo II* se centra en las Iglesias griegas; los sirios y malankares son objeto de estudio en el *capítulo III*; el *capítulo IV* se dedica íntegramente a la Iglesia maronita; el *capítulo V* se detiene en las Iglesias de tradición caldea (caldeos y malabares); el *capítulo VI* se reserva a los armenios; finalmente, el *capítulo VII* analiza con más brevedad la presencia de la Iglesia latina en territorio Oriental.

La última y, TERCERA PARTE, de marcado carácter religioso y político supone un recorrido por todos los países del Oriente Medio con el fin de determinar cuál ha sido, pero principalmente, cuál es, la situación en la que se encuentran las diferentes comunidades cristianas existentes en ellos. Un total de ocho países: Egipto, Israel y territorios ocupados, Jordania, El Líbano, Siria, Irak, Irán y Turquía, a cada uno de los cuales dedica un capítulo siempre siguiendo un mismo esquema. Primero, la historia del cristianismo en esos territorios incluso antes de que fueran constituidos países tal y como son en la actualidad; después, el acercamiento a la situación actual de esas comunidades, desde una doble perspectiva: globalmente en cuanto cristianos (donde se describe la situación política del país en relación al cristianismo) y sectorialmente en cuanto comunidad cristiana perteneciente a una Iglesia oriental concreta (donde se analiza más en detalle la situación de cada una de esas comunidades cristianas en cada país concreto); finalmente, en cada capítulo se presta una especial atención a problemas concretos que los cristianos de esos estados deben afrontar; fundamentalmente la relación con el Islam y con el gobierno.

En conclusión, un basto análisis de la situación histórica y actual del cristianismo en un territorio —el Oriente Medio— sometido, durante casi trece siglos, a la dominación, intolerante del

Islam. Una profunda descripción, quizás un poco pesimista, de los avatares por los que el cristianismo debe pasar para sobrevivir en medio de un ambiente hostil.

Una obra con gran cantidad de datos que facilita su consulta con dos nutridos índices, uno de materias y el otro onomástico. Una buena bibliografía y un estupendo aparato crítico; si bien, con el inconveniente de que las notas no están a pie de página sino al final del libro.

Juan Cruz Arnanz Cuesta